

40 años de la Sanidad Ambiental desde Andalucía

40 anos de saúde ambiental da Andaluzia

40 Years of Environmental Health from Andalusia

Alicia Martínez Martínez

*En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme,
no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero,
adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor.*

Miguel de Cervantes

La vida está hecha de historias. En esta ocasión quiero contar la historia de 40 años de la Sanidad Ambiental vista desde Andalucía, que es también la historia de mis 40 años en Sanidad Ambiental. Y he elegido el comienzo de *El Quijote* para encabezar esta historia porque tiene algo, quizás mucho, de quijotesca. Siempre me he preguntado el porqué de mi fidelidad a la Sanidad Ambiental y ahora creo que es debida a la perspectiva que esta ofrece. La Sanidad Ambiental está en una encrucijada de caminos, con la peculiaridad de que, cualquier camino que tomes, vuelve a ser nuevamente un entrecruzamiento. Frente a un mundo que tiende a especializarse cada vez más, siempre he tenido preferencia por las visiones amplias, por los horizontes, y la Sanidad Ambiental no paraba de amanecer a horizontes nuevos. De una sola vez tu trabajo podía servir para mejorar la salud de las personas, el medio ambiente, las condiciones sociales y laborales, los estilos de vida, la formación y haciéndolo, ampliabas tus conocimientos en un aprendizaje continuo. ¿Cómo no entusiasmarse con esta perspectiva? ¿Cómo no entusiasmarte con sentirte útil para los demás y para el planeta en el que vives, a la vez? Y digo que es algo quijotesca por lo que tenía de aventura, de exploración; por ese rocín flaco en el que cabalgábamos —pocos recursos—; por esa lanza en astillero que según Andrés Trapiello significa que el caballero está presto a entrar en batalla; y por el galgo corredor, ya que éramos un equipo joven y entusiasta dispuesto a afrontar cualquier empresa y yo diría que cuanto más difícil, mejor. Era también quijotesca porque nos enfrentábamos a un oponente, a unos molinos a los que, con seguridad, nunca podríamos vencer. La contaminación, la producción y uso de fitosanitarios, la industria química, la producción de residuos, las condiciones de trabajo, la insaciable ambición humana, la desatada e irresponsable forma de crecer de una sociedad que no es consciente de que lo que hace a su entorno, se lo hace a sí misma, esos eran y son aún nuestros molinos.

En esos primeros tiempos recuerdo que ya íbamos a jornadas sobre reducción de emisiones para frenar el cambio climático y sobre las consecuencias de no hacerlo, pero entonces había esperanza aun, no se hablaba de que nada fuera irremediable, sino de las cosas que había que hacer para que no llegara a serlo. Y hablaban, hablábamos fuerte de ello, con entusiasmo y pasión, para que se nos oyera y lo que es mejor, se nos escuchara, como profetas en el desierto. Los profetas casi nunca son escuchados, pero tienen que existir. Ahora, nuestros hijos e hijas escuchan otras cosas, sienten otras cosas, sobre todo impotencia. Saben que ya está aquí, saben que lo que hicimos, no fue suficiente para pararlo.

Y para enfrentarse con molinos hay que aprender otra cosa, además del empuje, la valentía, la falta de interés propio en la lucha que vas a emprender, hay que aprender a fracasar, a frustrarse, hay que aprender humildad. Hay que aprender a caer. Uno no puede, por más que quiera o lo vea claro, cambiar la realidad que tiene delante (cuando eres joven estás convencido de que es arcilla en tus manos, de que nada podrá pararte), porque ese reto te supera. Pero sí, podemos contribuir a que algo cambie en la dirección adecuada. Con eso es suficiente. Eso es lo que aprendí, lo que aprendo de mi frustración por cambiar la realidad. No poder llegar a alcanzar nuestro objetivo no significa que lo que hagamos no sirva, solo significa que tenemos que centrarnos en hacer lo que creemos preciso, eso sí, sin escatimar esfuerzo en desarrollar al máximo nuestro potencial, e independizarnos después de los resultados. Esto es fácil de decir una vez que se ha aceptado, pero no ha sido, no es fácil de vivir, sobre todo cuando se trabaja con pasión, cuando uno cree en lo que hace y considera que su causa es justa y necesaria, como los caballeros andantes. Muchos hemos caído y nos hemos tenido que volver a levantar después, muchas veces. Cosas de señoras y caballeros andantes.

En 1979 se constituyó la Junta de Andalucía. El 28 de febrero de 1980 se celebra el referéndum andaluz y su autonomía pasa a regirse por el artículo 151 de la Constitución. Entre los años 1982 y 1984 comienza el proceso de transferencias autonómicas. Es en aquel momento, en 1983, con la Junta de Andalucía y las competencias recién estrenadas, cuando hubo que crear la Sanidad Ambiental en Andalucía. Hay cosas que, aunque no existan todavía, de alguna manera sabemos que van a nacer. Eso tenía que pasar, inevitablemente, con la Sanidad Ambiental. Dice el poeta Dylan Thomas: *“Algo nace, se prueba y sabe bueno”*, así fue con la Sanidad Ambiental y hoy continúa siendo una fuente de alimento para compartir.

Pocas cosas son comparables con la experiencia de la creación. Crear es confiar en que hay algo nuevo por descubrir, al menos que podemos aportar una nueva mirada, algo inédito. La creación debe nacer del vacío. Y por eso siempre tenemos que mantener un espacio en nosotros para el descubrimiento, la aventura y el juego. Esto no afecta solo a las cosas en su comienzo, tiene que poder experimentarse siempre. Si nuestro trabajo no conserva ese espacio vacío, esa posibilidad de exploración, languidecerá y acabará por convertirse en algo anquilosado y muerto.

Cuando comenzamos éramos un pequeño equipo de trabajo de 7 técnicos y el jefe del Área, Rafael Silva. Ocho técnicos, una médico y siete biólogos, esa fue la semilla. Casi todos ellos nos hablarán en este artículo. En nuestro caso, la perspectiva de la biología tuvo mucho que ver con la impronta, con la esencia de la Sanidad Ambiental. Protegíamos y preveníamos la salud, pero a la vez, y con el mismo interés, protegíamos el medio ambiente del deterioro de la actividad humana. Haciéndolo supimos, de primera mano, que ambas cosas constituían un solo movimiento, y que lo que hacemos nos afecta a todos. Esta melodía de interdependencia nunca suena suficiente o al menos no es suficientemente escuchada, a pesar de que no para de ser interpretada. En esta experiencia reciente de la pandemia COVID-19, la hemos vuelto a escuchar. Un compañero de esos primeros tiempos, Sebastián López, nos aporta algo en este sentido, después de sus 35 años en Sanidad Ambiental: *“Entender la Salud de la forma antropocéntrica con la que hasta ahora se ha concebido, ya no tiene sentido. Cada vez se utiliza más el término “Una única Salud” para referirse a que la salud no es un concepto que pueda aislarse de la salud de los animales y del medio ambiente. Y eso es lo que me gustaría que en el futuro fuese —si subsiste—. El término Salud Ambiental ya contiene el concepto al que me refiero, solo habría que cambiar de cosmovisión y que existan las personas con ganas de llevar a cabo el cambio. El futuro de la biosfera depende de un gran cambio y nunca más que ahora la Salud Ambiental es nuestra Salud.”* También José Luis Bueno nos dice algo al respecto: *“En la actualidad tenemos estrategias internacionales, como la iniciativa “One Health” (FAO, OIE,*

OMS, 2019), o el reciente reconocimiento del acceso a un medio ambiente limpio, sano y sostenible como un derecho humano universal (ONU, 2022). Los retos de sostenibilidad son aún mayores que hace 40 años. La preocupación por los retos que el medio ambiente plantea para la salud humana está bastante incorporado a la opinión pública.”

Pero volviendo a aquellos primeros años, nadie en la casa (en la Salud Pública) sabía reconocer muy bien ni nuestro nombre ni lo que hacíamos allí: “los ambientales” nos llamaban cariñosamente. Siempre fuimos los “raritos” de la Salud Pública. Estábamos como en un lugar fronterizo, dentro y fuera. La profesión de biólogo se asociaba más a temas medioambientales que a Sanidad, pero ahí estábamos, abriendo camino. Para los biólogos que se dedicaban al medio ambiente también éramos una *rara avis*. Hasta que poco a poco nos fuimos haciendo un lugar, un ecosistema propio. Nos lo ganamos a pulso, desde luego, porque con el buen trabajo nos hicimos respetar. Hubo que hacer mucha pedagogía, mucha justificación de porqué y para qué estábamos allí, en la Salud Pública, hubo que ofrecer resultados. A la vez, la Salud Pública buscaba hacerse un hueco espacioso en la gestión y políticas de salud, en la eterna tensión entre prevención y asistencia sanitaria. Había que poner las bases científicas y metodológicas del sentido de la Sanidad Ambiental, de porqué los temas ambientales no solo estaban en Medio Ambiente, sino que esa perspectiva tenía que integrarse también en la gestión de la salud. Para ello, los primeros que teníamos que estar convencidos éramos nosotros. Creo que nos convencimos cuando vimos la necesidad, la cantidad de temas que había que abordar. Mis compañeros de esa etapa nos dicen algunas palabras respecto a este tiempo inicial:

“Fue ilusionante pues prácticamente éramos los primeros en trabajar en ello en España, lo que significaba un grado de libertad muy grande para crear y trabajar” (Sebastián López). “Conocí a un equipo formado por colegas de profesión, que luego se convirtieron en amigos. Pudimos innovar en áreas de trabajo novedosas y algo tan diferente y especial como poner los mimbres para resolver un problema económico y de salud en la costa de Huelva, como era la infestación estival de los mosquitos. Y lo hicimos, y nos divertimos y no nos lo reconocieron demasiado, la verdad. Fue una época de inicio en lo profesional y en lo personal, de la que guardo fantásticos recuerdos y que ahora, tras casi 40 años, me produce esas cosquillas de los momentos felices y compartidos con personas a las que sigo tratando como amigos” (Miguel Sanz).

Estas dificultades que entonces nos parecían obstáculos, realmente fueron acicates, algo que nos impulsaba a seguir, a crecer. En eso como en cualquier cosa en la vida. Hace poco nos visitaron unos compañeros de Sanidad Ambiental de Argentina, que estaban en el momento este que describo de los comienzos y sentí

nostalgia de esos momentos difíciles porque encierran una gran fuerza y belleza, una gran ilusión.

Luego vinieron los compañeros de las Delegaciones Provinciales, más tarde los Técnicos de Salud Ambiental en los DAPs. Después contamos con los sanitarios locales, especialmente farmacéuticos, que eran los encargados de implementar la vigilancia y el control en el territorio. Reuniones, objetivos comunes, participación... éramos una herramienta muy poderosa para conquistar cualquier territorio. En estos momentos contamos con un equipo de más de 100 técnicos trabajando en Sanidad Ambiental, en los 4 niveles de gestión: Servicios Centrales, Delegaciones Territoriales, Distritos de Atención Primaria y Zonas Básicas de Salud. La compañera de los primeros tiempos, Esther Bidegain nos cuenta cómo vivió ese proceso de expansión inicial de la Sanidad Ambiental: *"Momentos ilusionantes con pocos "peros" y mucho esfuerzo, cuyos resultados hubieran sido imposibles de alcanzar, sin el tesón y la buena armonía de un equipo ilusionado y liderado por un jefe de ideas claras y capacidad de convicción. Muchas horas, muchos debates, puestas a punto que también se rehacían y como no, nuestras alegrías cuando tocaban. Teníamos todos los ingredientes: jóvenes, luchadores, respetuosos con el otro, con amor por el servicio público, y empeño por conseguir un mejor y extenso desarrollo en la calidad y cantidad de salud de los andaluces. Con el orgullo siempre de haber ayudado a su consecución."*

Los incentivos no eran económicos, sino los de una fuerte motivación. ¿Por qué? Creíamos en nosotros mismos y en lo que hacíamos, y teníamos la convicción de estar haciendo un servicio público de calidad y contribuyendo a mejorar la salud de nuestros conciudadanos y a proteger el medio ambiente que nos es tan necesario. Prevenir enfermedades, respirar, beber, alimentarnos, trabajar, bañarnos, disfrutar... con todo eso tenía que ver nuestro trabajo, con el día a día de los andaluces y que ese día a día estuviera protegido de riesgos evitables.

Al final se consolidó esta área de trabajo, la Sanidad Ambiental que si tuviera que definir diría que es el cuidado del medio ambiente en el corazón de la salud, las perspectivas multidisciplinarias, la coordinación y colaboración inter e intraadministrativa, una visión amplia a cerca de la salud y comprobar que no hay compartimentos estancos, que lo que hacemos al medio nos lo hacemos a nosotros mismos, que cuidar es cuidarse.

Pero no estábamos solos, nacimos con otros hermanos, con el resto de las áreas de Salud Pública: Epidemiología, Educación para la Salud, Programas, Sanidad Alimentaria. Trabajábamos cada uno en lo nuestro, pero con la clara consciencia de trabajar todos en un objetivo común, la Salud Pública andaluza. Conforme avanzábamos, más comprendíamos que era necesario que creyéramos

todos a la vez, que nos necesitábamos unos a otros. Como en cualquier familia, no estaba exenta de riñas, roces y discusiones, pero aprendimos de ellos y una cosa estaba clara, le debíamos a los ciudadanos que esas relaciones fueran buenas, que hubiera comunicación entre nosotros y un trabajo en común de calidad. Sobre este tiempo nos comenta sus impresiones José Luis Bueno: *"Nos dedicábamos a llevar al terreno de la práctica las evidencias ya existentes de la vinculación entre la salud humana y el buen funcionamiento de los ecosistemas naturales. Y lo hacíamos en un entorno institucional y organizativo en que la vigilancia y control del medio ambiente era decididamente impulsada desde la Consejería de Salud. La reforma sanitaria era impulsada con determinación desde el gobierno autonómico, construyendo un marco organizativo que fomentaba las relaciones entre las distintas áreas de la Salud Pública, y de estas con la Atención Primaria de Salud."*

¿Qué era la Salud Pública para nosotros? La Salud Pública era nuestra casa, era el lugar en el que se nos conocía y se nos apreciaba, el lugar en el que teníamos algún sentido. Nos nutría de razones para ser y de herramientas para trabajar. Ella tenía una historia, había recorrido un camino ya. Una de esas herramientas que acogimos con entusiasmo fue el Modelo de Dalghren y Whitehead sobre los Determinantes en Salud que la OMS comenzó a difundir en 2010 y que formaba parte de una Estrategia Europea para la lucha contra las desigualdades sociales en salud. Apoyaba con claridad nuestra perspectiva y coincidía con las redes de coordinación y trabajo en común que nosotros estábamos estableciendo: agricultura y producción de alimentos, ambiente laboral, vivienda, agua y saneamiento, desempleo, condiciones de vida y trabajo, educación, redes sociales y comunitarias, estilos de vida... Una nueva perspectiva, una nueva encrucijada.

El nacimiento de la Escuela Andaluza de Salud Pública (EASP) en 1985 fue una oportunidad de formación extraordinaria y lo ha seguido siendo estos años, culminando con la gestión que hacen del OSMAN (Observatorio de Salud y Medio Ambiente de Andalucía) dependiente, a su vez, de la Consejería de Salud y Consumo.

Estaba en marcha a la vez una nueva revolución, la reforma de la Atención Primaria en Andalucía que creó una maravillosa estructura de equipos multidisciplinarios en Salud Pública que puso alas a nuestros sueños, los que construimos juntos. Apareció la figura del Técnico de Salud Ambiental en los Distritos de Atención Primaria, que estaba a pie de campo y trabajando de forma coordinada con otros técnicos de epidemiología, educación para la salud, sanidad alimentaria y programas de salud, así como con la asistencia sanitaria, cuando se precisaba. Esta reforma tenía como base la Declaración de Alma-Ata fruto de la Conferencia Internacional sobre Atención Primaria de

Salud convocada por la OMS y UNICEF en 1978. En ella se hablaba de proveer a la población de servicios de promoción, prevención, educación para la salud. Abría el camino al trabajo coordinado con otras áreas de la administración, con *"todos los sectores y campos de actividad corresponsables del desarrollo nacional y comunitario"*. También hablaba de un eje fundamental: *"la participación del individuo y de la comunidad en la planificación, organización, funcionamiento y control de la atención primaria de salud"*. Intentamos que ese término no fuera una formalidad sino algo efectivo y real.

También partíamos de la base del concepto de salud por parte de la OMS, desde su constitución como *"un estado de completo bienestar físico, mental y social, y no solamente la ausencia de afecciones o enfermedades."* Se consideraba como un derecho fundamental del ser humano, sin distinguir raza, religión, ideología o condición económica o social. Esto se formuló en 1948 y aún está pendiente de alcanzar. Fue un soporte muy necesario para ampliar el concepto asistencial de la salud a una visión más global que incluía todos los ámbitos de la Salud Pública.

Una palabra sobre uno de esos obstáculos de los que hablaba, la diferenciación que aún existe entre profesiones sanitarias (medicina, enfermería, veterinaria y farmacia) y otras que también trabajábamos en Salud Pública pero que no estábamos consideradas como tales: biólogos, químicos, ingenieros, trabajadores y educadores sociales, etc. Esto creaba una barrera que no se ajustaba a la realidad de los profesionales en Salud Pública ni a la Salud Pública que queríamos hacer.

Fuimos pioneros. El espíritu de los pioneros se caracteriza porque se adentran en mundos inexplorados y dan los primeros pasos en una actividad humana. Eso puede conducirles al peligro y la desgracia o al progreso y el bienestar. Ambas cosas tienen que darse juntas. Éxito y fracaso son características inseparables de la vida.

¿Qué supuso ese espíritu en nosotros? Creíamos en lo que hacíamos, era nuestra obra, nuestra criatura, y como hace una madre con su hijo, lo defendíamos a toda costa. El impulso: todo estaba por descubrir y había que prepararse para las expediciones que iban a ser necesarias. Mapas, víveres, rutas, disciplina, planificación... Trabajo en equipo y multidisciplinariedad, eran imprescindibles en el tipo de trabajo que hacíamos. El conocimiento necesario, la preparación vertical en nuestra área de trabajo, que cada vez abarcaba más temas y horizontal en herramientas comunes. Entre estas herramientas de trabajo horizontales destacan los mapas de riesgo, necesarios para la priorización de temas a abordar y su despliegue territorial; la formación, entendida también como participación comunitaria y de colectivos implicados y las herramientas de investigación, tanto

cuantitativa como cualitativa. También la divulgación, con la elaboración de numerosos materiales divulgativos y publicaciones.

El trabajo en común no fue solo con el resto de los servicios de Salud Pública. Las bifurcaciones de ese cruce de caminos que es la Sanidad Ambiental se multiplicaban cada vez más. Empiezan las líneas de trabajo en común con otras Administraciones. Por un lado, con Ayuntamientos y Diputaciones y por otro, con otros organismos de la Junta de Andalucía, especialmente Medio Ambiente, Agricultura, Educación, Turismo, Trabajo, Industria, Gobernación, Igualdad. También con confederaciones hidrográficas y centros de investigación (Instituto Nacional de Toxicología, Laboratorio del IS Carlos III, Instituto de la Grasa, universidades, otros centros de investigación del CSIC). También tuvimos contacto, para temas puntuales, por ejemplo, los vectores de incidencia en Salud Pública, con centros en otras CCAA o en otros países como Francia, en los que pudimos hacer pequeñas estancias de formación e intercambio. Otros organismos internacionales como la EPA (Agencia de Protección Ambiental de los EE. UU.), vino a impartirnos formación sobre Gestión de Riesgos Ambientales. Realizamos también estancias formativas en organismos europeos, como el Consejo de Europa.

En 1990 se constituye un Grupo de Trabajo de CC.AA. sobre Sanidad Ambiental que complementa y potencia el trabajo de coordinación que realiza el Ministerio de Sanidad. En 1991 nace la Sociedad Española de Sanidad Ambiental, lo cual es una celebración y un hito muy importante para nosotros, por ser un foro magnífico de comunicación y trabajo en común en todo el territorio español y por la solvencia científica que podría aportarnos.

No voy a entrar en profundidad en este artículo, porque no es su objetivo, en abundar sobre los temas o áreas de trabajo, dentro de la Sanidad Ambiental. Empezamos con las materias básicas: aguas de consumo, playas, vectores, plaguicidas y los temas fueron aumentando progresivamente hasta llegar a sumar un número de materias muy extenso. Por tomar una referencia común, según el Ministerio de Sanidad, las materias de Sanidad Ambiental serían: salud y medio ambiente (Plan Estratégico, Proceso Europeo de Salud y Medio Ambiente, Agenda 2030 Desarrollo Sostenible); calidad sanitaria de las aguas (baño, piscinas, agua regenerada, agua termal o mineromedicinal, agua y COVID-19); productos químicos (biocidas, fitosanitarios, REACH, CLP, buenas prácticas laboratorios, spray de defensa personal, Red Nacional de Toxicovigilancia, piscinas); temperaturas extremas; calidad del aire; riesgos biológicos (vectores, legionelosis, plantas tóxicas); riesgos físicos (emisiones radioeléctricas, radón, ruido, radiaciones UV); cambio climático y salud; salud y residuos. A esto habría que añadir, al menos en Andalucía, la Evaluación de Impacto en Salud; suelos

contaminados; tatuajes y *piercings*; Salud Escolar; Policía Sanitaria Mortuoria; condiciones higiénico-sanitarias de los establecimientos públicos. Es una lista muy larga, y seguirá aumentando, cambiando, a medida que cambie nuestra sociedad.

En estos años se han publicado muchas normas a nivel europeo, nacional y autonómico que afectan a cada uno de estos temas. Primero fue la Ley 14/1986, de 25 de abril, General de Sanidad, después la Ley 30/2011, de 4 de octubre, General de Salud Pública. A esto hay que hay que añadirle un sinfín de normas en cada tema que sería imposible enumerar aquí. Este abultado desarrollo normativo ha sido parte del trabajo de Sanidad Ambiental, por iniciativa propia o como transposición de normativa comunitaria y constituye ahora el sólido marco en el que se desarrollan las tareas de vigilancia y control en Sanidad Ambiental.

Todo esto en otro marco, más global aún, marcado por la Unión Europea, la OMS y la OPS (Organización Panamericana de Salud), en lo que podríamos llamar una Salud Global, de la que ya todos somos conscientes, aunque eso no se traslade siempre a la adopción de medidas solidarias y armonizadas.

Para que podamos tener una idea de cuál ha sido el proceso, el compañero José Luis Bueno nos aporta su visión sobre uno de los momentos de cambio que hemos vivido: *"Ya en los 90, con el Servicio Andaluz de Salud en rápida construcción y con la administración autonómica dejando de ser "tan joven", se notaba claramente cómo iban cambiando las prioridades. Ganaba peso relativo lo asistencial; iba penetrando el modelo "gerencial" tan alabado por las corrientes neoliberales en ascenso; y había que dedicar más energía al mantenimiento de las diferentes líneas de trabajo abiertas. En este contexto la capacidad de impulso e innovación se iba debilitando. Las prioridades del sistema sanitario público andaluz se iban orientando por otros derroteros. Y, además, "el medioambiente" empezaba a abrir, en el ámbito institucional, un camino orientado a constituir un nuevo ámbito competencial que necesitaba "abrirse hueco" entre los preexistentes. En los 31 años transcurridos desde mi salida del ámbito laboral de la Sanidad Ambiental he ido sintiendo cómo los sucesivos gobiernos autonómicos no han mantenido el coraje de asumir con decisión ese mismo reto de entonces."*

¿Qué resultados podemos ofrecer de estos 40 años? En primer lugar, hay que destacar que la visibilidad de la Sanidad Ambiental entre los ciudadanos sigue siendo baja, aunque ya no tanto en los sectores económicos y profesionales que tienen que ver con las materias que trabajamos. No podemos aportar indicadores suficientes que puedan cuantificar si algo ha cambiado debido a nuestra intervención, a pesar de que los programas de trabajo los contienen, pero la dinámica de trabajo se auto replica y hemos dejado de atender a los indicadores,

ya que no necesitamos tanto como antes justificar la utilidad de nuestro trabajo. Sin embargo, de cara a dar cuenta a los ciudadanos, sería muy conveniente que pudiéramos tener cifras de la mejora y la prevención de la salud comunitaria que hemos podido generar.

Como en un árbol, lo que somos hoy es un fruto nutrido por unas fuertes raíces. Nunca deberíamos descuidar esa esencia radical, si queremos seguir recogiendo la cosecha. Así funciona la vida, así funciona el conocimiento y la evolución.

Sanidad Ambiental es ahora un departamento maduro, con programas de trabajo implantados desde hace muchos años, con un marco normativo sólido que respalda nuestras actuaciones de protección y prevención de la salud. Pero no se respira en ella el aire innovador y creativo de sus primeros tiempos. En la ancianidad la tendencia a repetirse aumenta. Ya no se tiene nada nuevo que decir, por eso se repite lo viejo. Tenemos más tendencia a la fijación, a la inmovilidad y al anquilosamiento. Deberíamos mirarnos en ese espejo del anciano para renovar el espíritu pionero que nos originó.

En un camino de maduración resulta imprescindible la gratitud y mis compañeros y yo nos sentimos muy agradecidos por la experiencia que hemos vivido y que ha dado lugar a estos 40 años de Sanidad Ambiental.

Podemos concluir que, si partíamos de conceptos raíz para la salud, como el de la OMS como un estado que va más allá de la ausencia de enfermedad, y que tiene en cuenta el bienestar físico, mental y social del ser humano, hemos llegado, después de estos 40 años al concepto de "Una sola salud", que incluye también la salud de los animales y del planeta. Se van ampliando horizontes y la Sanidad Ambiental, sin duda, habrá contribuido en algo a este proceso.

Le cedo la palabra, para terminar, a Rafael Silva, semilla de la Sanidad Ambiental andaluza, porque a él le corresponde cerrar este círculo de 40 años en Sanidad Ambiental desde Andalucía: *"De forma algo improvisada fui formando un equipo, que iría adquiriendo rodaje y experiencia hasta alcanzar una elevada cualificación profesional, con el que afrontar actuaciones sobre otros riesgos ambientales para la salud: las aguas de consumo, el uso de plaguicidas, la contaminación atmosférica, la higiene de piscinas y establecimientos públicos o el saneamiento ambiental. Establecimos un método de control integral de mosquitos; la Diputación de Huelva lo adoptó para su Servicio Provincial de Control, convertido en una referencia nacional desde entonces. Siempre trabajando por programas con su evaluación anual, lo que era una rareza en la administración pública. En colaboración con la universidad elaboramos mapas de vertidos y de los riesgos asociados a las deficiencias de*

saneamiento. No solo nos ocupamos de aspectos técnicos, sino que intentamos dar respuesta a las preocupaciones ciudadanas, proporcionando información y educación. Aún pueden verse cada verano en el litoral las señales que ideó el Manual de señalización de playas en 1985 o los carteles metálicos de fondo azul que indican la potabilidad del agua en fuentes y manantiales. He presenciado cómo el cartel de consejos higiénicos a seguir en las piscinas era expuesto cada temporada y conservado con esmero de un año a otro. Redactamos libros y publicaciones divulgativas muy variadas. La reforma de la Atención Primaria de Salud reconoció su sitio a la Sanidad Ambiental, con la dotación de plazas de coordinadores en los distritos sanitarios, fruto de la consistencia y el rigor de la labor desempeñada durante aquella década. Pasé a desempeñar otras responsabilidades profesionales en el ámbito de medio ambiente a comienzos de 1992. Una fugaz vuelta al equipo de Salud Pública en 2004 me dio la oportunidad de preparar el primer Plan de Salud y Medio Ambiente de Andalucía. En 2007, la Sociedad Española de Sanidad Ambiental se acordó de mí, concediéndome su insignia de plata, lo que agradecí con íntima satisfacción.

Ahora, en este 2022, ya jubilado, lo que queda está en la memoria. Decía Luis Buñuel en su delicioso libro *Mi último suspiro*: “nuestra memoria es nuestra coherencia, nuestra razón, nuestra acción, nuestro sentimiento. Sin ella no somos nada”, aunque añadió una cautela: “indispensable y portentosa, es también frágil y vulnerable”. Así que antes de que la fragilidad nos alcance, ahí quedan estas líneas sobre una ilusionante etapa profesional, cuando nos movían inquietudes y ganas de cambiar lo que nos rodeaba.”